

GIBRÁN KHALIL GIBRÁN

**LOS DIOSES DE LA TIERRA
(1931)**

Al llegar la oscuridad de la duodécima era
El silencio absorbió, pleamar de la noche
Las montañas todas.
En ese momento hicieron su aparición sobre las cimas,
Las tres deidades nacidas de la Tierra, Amos y padres de la Vida.

Las corrientes de agua pasaron a sus pies
Y oleadas de niebla
Sobre sus pechos se agolparon
En tanto sus cabezas permanecieron erguidas
Majestuosamente sobre el Mundo.

Y después dialogaron. Retorciéndose sus voces,
Con el retumbar distante del trueno
En el profundo valle.

EL PRIMER DIOS

Hacia el Este el viento encamina su Sopro.
Es mi deseo dirigir hacia el Sur mi rostro,
Pues el Viento trae a mi olfato
El aroma a cosas ya muertas.

EL SEGUNDO DIOS

Es el aroma a cuerpos quemados,
Puro y bueno.
Aspirarlo es mi deseo.

EL PRIMER DIOS

El aroma de la Muerte misma es,
Consumida en su lenta flama,
Que satura el aire.
Perturba y asquea a mis sentidos,
Cual me produce aversión las miasmas
del Abismo.
Es mi deseo, entonces, voltear mi rostro
en dirección al Norte
que no está impregnado de malos olores.

EL SEGUNDO DIOS

Es la fragancia encendida
De la vida insatisfecha.

Es el perfume que aspirar quiero,
Ahora y siempre.
Los dioses viven merced a los holocaustos
Y a los sacrificios.
Mediante sangre pretenden apagar su sed,
Y con espíritus jóvenes apaciguar sus almas;
Dar fuerzas a su fortaleza con los eternos gemidos,
Que las almas que viven en el corazón de la muerte, exhalan.
Están sus tronos erigidos
Sobre las cenizas del tiempo.

EL PRIMER DIOS

Mi espíritu se ha hartado y hastiado
De lo que existe. No moveré un dedo
Para construir otra vez mundo alguno,
Ni para hacer desaparecer mundo alguno de la creación.
No existiría, si morir pudiera,
Pues los milenios hacen sentir su peso,
Sobre mis hombros y
El inagotable sonido de los mares
Agota la fortuna de mi sueño.
¡Ah! si pudiera desprenderme de mi razón original
De ser, me desvanecería, igual que el sol
Muere en su crepúsculo.
Desearía, si pudiera hacerlo,
Desnudar a mi divinidad,
De sus propósitos,
Y en el cosmos exhalar
El soplo de mi mortalidad
Y así terminar de vivir para siempre.
¡Ojalá! me desvanezca y huya
De la memoria temporal.
A estar y existir en el cosmos del Tiempo.

EL TERCER DIOS

¡Oídmme, hermanos míos!
¡Oídmme hermanos antiguos!
En aquél valle un joven entona una canción,
Canta los arcanos de su espíritu
En el oído de la noche
De oro y ébano es su lira
De plata y oro su voz.

EL SEGUNDO DIOS

No soy tan poco inteligente como para ansiar
No vivir, no ser.
No puedo elegir otro que el más escarpado
De los senderos, para dejarme llevar
Por el camino de las estaciones,
Y fortalecer el poder de los años;
La simiente sembrar y observar su germinación
En el centro de la tierra;
Alimentar a las flores con el empuje

Con que luego podrá resguardar su existencia,
Y después desenterrarla, en el momento de empezar
La Tormenta a reír en la selva,
Y a extraer a los seres humanos de la tiniebla
Enigmática; mas permite que conserven las raíces su
Apego a la Tierra;
Fomentar y sembrar, en él mismo, la sed de la existencia,
Y transformar a la muerte en el copero,
Brindarle el amor que tiene su origen en el dolor,
Amor que se sublima en la añoranza,
Que se multiplica en el Anhelado,
Y que se esfuma en el abrazo primero,
Para ceñir su noche
Con las divinas ensoñaciones de los días
Y en ellos verter
Las revelaciones de las noches sagradas,
Y después lograr que sus noches y días
No se metamorfoseen nunca;
Para lograr de su inventiva,
Un águila vigilante en las cumbres;
Y de sus razonamientos
Tormentas de océanos;
Y después darle una mano lenta
Para los juicios y para los deberes morales,
Y un pie pesado en sus cavilaciones;
Para brindarle felicidad para cantar su melopea
Ante nosotros,
Y tristeza para obligarlo a acudir a nuestro socorro
Y después humillarlo en su orgullo,
En el momento que la Tierra, de hambre,
Grite pidiendo pan;
Para subir su espíritu por sobre el cielo mismo,
Para hacerlo saborear nuestro mañana
Y permitir que su cuerpo se revuelque en el cieno
Y no pueda olvidar, de esa manera, su ayer.
En esa forma conviene a nuestra Majestad
Gobernar al ser humano
Hasta el fin de los Tiempos,
Regulando su hálito,
Que comienza con el grito de su madre,
Y culmina con el llanto
De sus hijos.

EL PRIMER DIOS

Mi corazón se consume por la sed;
Empero no es mi deseo beber la sangre débil
De una estirpe bastarda;
Pues la copa está sucia
Y el vino que contiene, es amargo a mi gusto.
Como tú soy: modelé el barro
Y con él creé seres animados,
Que respiran y jadean;
Luego se escurrieron de entre mis dedos
En las montañas y en las selvas.
Al igual que tú, troqué en luz las tenebrosas

Profundidades, en el Comienzo de la Vida,
Vidas a las que después pude ver reptar
Desde las cavernas y ascender a las elevadas
Cimas de los montes.
Yo, al igual que tú, convoqué a la Primavera,
Para subyugar y fascinar a los jóvenes,
Y le adjudiqué el don de la Belleza,
Para incitarla a evolucionar y producir.
Yo, al igual que tú, dirigí al hombre
De un templo a otro templo,
Y transformé a sus mudos terrores
En algo indestructible, en Fe
Que tiembla a causa nuestra,
Sin que le fuera posible divisarnos ni comprendernos.
Yo, al igual que tú, puse por sobre mi cabeza la Tormenta
Huracanada para que se prosterne delante nuestro;
E hice al suelo sacudirse bajo sus pies
Para implorar y rogar nuestra ayuda.
Yo, al igual que tú, induje al desenfrenado mar,
Que anegó la cuna de su islote,
Hasta que murió gimiendo
E implorando
Todo esto es, y mucho más aún, lo que hice;
Pero todo fue estéril e inútil.
¡Inútil es el despertar!
¡Inútil es el descansar!
Y tres veces es estéril e inútil el soñar

EL TERCER DIOS

¡Hermanos! ¡Augustos hermanos!
En un claro del bosque de mirtos
Hay una doncella que danza
En honor a la luna.
En su cabello han anidado mil estrellas
Como mil gotas de rocío,
Y un millar de alas envuelven sus pies.

EL SEGUNDO DIOS

Hemos sembrado al ser humano,
Y con su esencia hicimos nuestra viña;
Hemos arado el suelo,
En la niebla rosada
De la más temprana aurora.

Hemos cuidado el retoño
De los tiernos sarmientos,
Y vigilado y alimentado
A las hojas más nuevas,
Atravesando los años,
Que no supieron de estaciones.
Hemos cuidado los brotes
De las inclemencias del Tiempo,
Y hemos velado por que las flores crecieran sanas,
Libres de los embates de los espíritus oscuros

Y en este momento en que nuestras viñas
Nos han dado la uva,
Vosotros no la acarrearéis hasta el lagar para colmar vuestras copas.
Vuestras manos son más diestras
Que otras
Para cosechar.
Elevados son los planes
Que esperan apagar vuestra sed
Con el vino.

El hombre es la comida dilecta de los dioses.
La Gloria del hombre empieza
Cuando las bocas divinas devoran
Sus hálitos errabundos.
Todo lo que sea humano
Es absolutamente sin valor,
Si humano sigue siendo.

La pureza de los niños
Y el dulce apasionamiento de la juventud;
El empuje de la virilidad de los hombres,
La madura Sabiduría de los viejos;
La majestad de los monarcas,
La gloria de los guerreros,
El reconocimiento de los poetas,
La bondad de los idealistas,
Y la honorabilidad de los Santos:
Todo esto y todo lo que transporta
En su pliegues,
Es el alimento de los dioses.

Y solamente será pan, sin bendición,
Hasta que los dioses lo lleven a su boca.
Igual que la espiga muda que se convierte en un canto
De amor, en el pico de un ruiseñor,
De igual manera es el hombre, cuando está destinado
A ser alimento divino.

En ese momento su mayor goce será el ser saboreado
Por el dios.

EL PRIMER DIOS

Así es; es cierto que el hombre
Es el alimento de los dioses
Todo cuanto del hombre procede
Será servido en los banquetes
De las deidades eternas.

De embarazo los dolores,
Del parto el sufrimiento
De los niños la gritería
Atraviesa el corazón de los cielos;
El llanto de la mujer que pelea
Por poseer el ideal que ansía,

Para poder verter de su seno
La vida marchita;
Los apasionados suspiros que nacen
Entrecortados de las gargantas de los jóvenes,

Las lágrimas henchidas de sentimiento,
Cuyos tesoros todavía no han sido hallados;
Los rostros de los fuertes varones
Que destilan sudor que abrasa
El árido suelo;
Las aflicciones y la angustia de la vejez
Senil y decrepita;
En el momento que la vida es invitación
Al sepulcro, en contra de la voluntad
De la vida misma.

¡Ved! ¡Este es el hombre!
Un ser engendrado por el hambre,
Para luego ser el alimento
De los voraces dioses;
Es una vid que se arrastra
Abajo de la tierra,
Bajo las plantas de la muerte
Que nunca muere.
Es como un capullo que crece y da flor
Tan sólo en las noches de los malignos fantasmas.
Es como una uva que sólo madura
En los días que brotan las lágrimas
Del horror, de la malignidad
Y de la ignorancia.

Y a pesar de eso, deseáis que yo coma
Y beba.
Me exigís que me acomode
Entre los rostros amortajados,
Y que dé de beber a mi existencia
De la boca petrificada,
Y que acepte la inmortalidad
De manos yermas

EL TERCER DIOS

¡Hermanos! ¡Oh, hermanos terribles!
Los jóvenes cantan en el fondo
Del Valle; pero sus cantares ascienden
A las altas cumbres.
Con esa voz hacen tiritar al bosque
Hendiendo el centro mismo de los cielos,
Disolviendo las ensoñaciones de la tierra.

EL SEGUNDO DIOS

La abeja llena groseramente con el zumbar
Tus oídos.
En tu boca la miel tiene sabor a hiel.
Sería mi deseo el consolarte; pero... ¿de qué manera lograrlo?

Cuando los dioses hablan con los dioses
Solamente el Abismo los oye;
Pues las profundidades que distancian a los dioses
Son inconmensurables y sin fronteras.

El cosmos está callado: no sopla brisa.
Con todo ello quisiera consolarte.
Desearía hacer de tu mundo cubierto de nubarrones
Otro despejado y limpio;
Y sin embargo ser los dos iguales en fortaleza
Y en entendimiento, quisiera darte un consejo franco.

En el momento que la Tierra nació del Caos;
Y nosotros, hijos del Comienzo, nos conocimos
El uno al otro, en la luminosidad alba y pura,
En ese momento modulamos la primera voz, vibrante,
Que le dio vida a las corrientes del agua y del aire.
Después caminamos, el uno junto al otro,
En el techo del planeta joven, inexperto.

Del rumor de nuestros pasos
Surgió el Tiempo -una cuarta divinidad-
Que siguió nuestro mismo sendero,
Oscureciendo con su sombra
Nuestros deseos y meditaciones,
Y no supo mirar sino por la luz de nuestros ojos.

Después llegó la Vida a la Tierra,
Y el espíritu se encarnó en la Vida.
El espíritu era una canción alada
En el Cosmos.
Y así gobernamos, reinando sobre la Vida
y el Espíritu.
Y nadie más que nosotros, nadie pudo entender
La longitud de los años,
Y las templanzas de las ensoñaciones
Nebulosas de las eras;
Hasta que llegó el séptimo siglo,
Entonces en la bajamar de su mediodía
Hicimos venir al mar con el sol;
Y del tálamo de esta santa unión
Creamos al ser humano, que, pese a su endeblez
Y fragilidad, prosigue llevando el signo
De la estirpe de sus padres.

Y por medio del ser humano que transita por la tierra,
A medida que sus ojos van pegados a los astros,
Hemos hallado senderos que llevan a los continentes
Más distantes del orbe.

Y del ser humano -él que es una humilde caña
Crecida en aguas turbias-
Construimos una flauta, en cuyo vacío corazón
Siempre vertemos nuestra voz
Para ser trasladada a los cuatro puntos cardinales
Del Cosmos, callado y silencioso.

Y de las regiones del Norte
Que no tienen al sol,
A los médanos del Sur, por el sol calcinados;
Y desde la región de las flores de Loto
En donde nacen los días,
Puedes ver al hombre, de vacilantes sentimientos,
En nuestra razón y causa hacerse fuerte;

Se dirige mediante el laúd y el puñal,
Difundiendo nuestro capricho,
Propalando nuestra soberanía.
Los lechos de ríos que hollan sus amorosas plantas
Son arroyos que van a la mar
De nuestros ideales.

Acomodados en nuestra altura
Nos adormecemos en nuestras ensoñaciones,
En las horas de sueño del hombre
Excitamos sus días para que deje
La llanura del horizonte inalcanzable,
Y de esa manera buscar su mejoramiento en los montes.

Las manos nuestras conducen y encaminan
Las tormentas que destrozan el Cosmos;
Dirigen al hombre de la tranquilidad estancada
y yerma
A la acción productiva
Y desde ese lugar al Triunfo.
En los ojos nuestros hay visiones llenas de luz que
transforman
El hálito del ser humano en Hoguera;
Y lo encaminan a una soledad elevada y a una
Rebelde Profecía.
Y desde ese lugar al Calvario.

El ser humano ha nacido para ser esclavo;
Su honor y su retribución son dominio de la esclavitud.
En el ser humano exigimos el signo de lo que
Existe en nuestra esencia;
Por intermedio de la vida suya nosotros ansiamos hallar
Nuestro yo perfeccionado.

Si el polvo de la tierra acalla
Y silencia el alma del ser humano,
¿Qué alma podrá hacer repetir
La reverberancia de la Voz nuestra?

Y si la luz de los ojos del ser humano se ha apagado,
Por la tiniebla nocturna,
¿Quién podrá mirar el resplandor de nuestra Gloria?

¿Cuál es el destino que debemos dar al ser humano
Si es el primogénito de nuestra alma
Y fue concebido a nuestra imagen y semejanza?

EL TERCER DIOS

¡Hermanos! ¡Oh hermanos poderosos!
Los pies de la hermosa danzarina
Se emborracharon con el licor de los cantares,
Alarmando a las moléculas reverberantes del éter.
Ella es como una paloma,
Que cierne por sus alas,
Alzándose hacia lo alto.

EL PRIMER DIOS

La alondra que busca a otra alondra,
Pero el águila vuela sobre ella.
La alondra no para nunca para escuchar el cantar.

Tú pretendes proclamar el amor propio,
Y que sea continuado en la duración del ser humano,
De acuerdo con la esclavitud del ser humano.

Pero mi amor propio es ilimitado,
Es inconmensurable. Yo quiero alzarme por sobre lo perecedero
De mí, sobre la Tierra, y tomar para mí un trono
En lo alto. De esa manera abarcaré el Cosmos
Con mis manos y rodearé los mundos

Quiero hacer de la Vía Láctea mi arco,
Y de las centellas mis saetas,
Y con lo infinito pretendo hacerme dueño de lo infinito.
Pero tú no deseas hacer esto,
Aunque fuera tu voluntad el hacerlo.

La relación que existe entre hombre y hombre
Es idéntica a la existente entre dioses y dioses
Y tú deseas atraer a mi espíritu agotado
La remembranza de las escenas,
Que se sucedieron en la noche
En el momento que mi corazón trataba de hallarse a sí mismo
Entre los montes,
Y mis ojos han buscado su imagen
En las aguas serenas.

Pero la Amada de mi pasado,
Murió al nacer,
Y únicamente el silencio es visitante de su vientre,
Y el polvo que el viento arrastra,
Amamanta su seno.

¡Oh pasado mío! ¡Oh mi ayer perecedero!
¡Oh padre de mi divinidad esclavizada!
¿Qué Deidad Omnipotente te encarceló

En tu vuelo, y te obligó a nacer en una celda?
¿Qué Sol agigantado te contagié su calor,
En tu vientre para engendrarme?

No es tuya mi bendición, pero tampoco mi maldición,
Pues igual que has cargado mis hombros
Con la agobiante carga de la vida,
De esa forma yo he cargado los hombros del ser
humano.

Pero he sido más compasivo que tú,
Pues yo, inmortal, hice del ser humano,
Una sombra fugaz; en tanto que tú, el mortal,
Me has creado eterno.

¡Oh mi pasado! ¡Oh mi ayer percedero!
¿Retornarás con el futuro distante?
Deseo llevarte para que te juzguen.
¿Despertarás con la segunda Alborada
De la vida, para quitar de la tierra
Tu recuerdo atado a la Tierra?

Desearía yo que tu resurrección tuviera lugar,
Junto a la de todos los antiguos cadáveres,
Para que de esa manera se ahogue la tierra,
Con sus frutas amargas,
Y se ensucien todos los océanos
Con la sangre de los que han sido sacrificados en ellos;
Y que la tristeza, con otra más grande,
Acaben con cuanto haya en la tierra
De inservible fertilidad.

EL TERCER DIOS

¡Oh, hermanos míos! ¡Oh hermanos sagrados!
Nuestra joven ha escuchado la seductora canción
En este momento trata de encontrar al cantante.
Ella se siente como la gacela,

En la felicidad de su asombro.
Danza sobre las piedras,
Y a la orilla de los arroyos,
Saltando en todas partes.

¡Qué hermosa es la alegría
Que hace compañía a los deseos idos!
¡Qué hermoso es el Ojo
Que es abierto al Final nacido a medias!
¡Qué hermosa es la sonrisa que tiembla,
Cuando goza
De una prometida alegría!

¿Cuál capullo es ése que surgió del espacio?
¿Cuál es esa flama que ha ascendido
Del infierno, llevando a la esencia del silencio
A esta felicidad, y a este miedo de gemidos entrecortados?
¿Cuál es esa ensoñación que hemos tenido en lo alto?
¿Cuál meditación es aquella que hemos mandado
En alas del Viento
Y que despertó a la llanura somnolienta
Haciendo levantar los párpados de la noche?

EL SEGUNDO DIOS

Te fue regalado el santo Telar,
La gracia y el arte de tejer,
Los vestidos.
Tanto la habilidad como el telar,
Serán tu legado
Por toda la Eternidad.

Junto a ellos te será dado
El oscuro hilo y la Luz,
Y tuya será asimismo la púrpura y el oro,
Pero tú tejes de ti mismo
Una vestidura.

Tus manos tejieron del aire viviente
Y del flamígero fuego, el espíritu humano mismo.
Pero ahora quieres cortar el hilo
Y alejar tus poéticos dedos
En la inservible inmortalidad.

EL PRIMER DIOS

Sí, sí. Retiraré mi mano
Hacia la eternidad, en donde las formas
No se han vaciado todavía.
En la campiña, que hasta este instante
Ha permanecido virgen de huella alguna
Asentaré mis plantas.
¿Qué felicidad puedo hallar en escuchar
Las canciones ya escuchadas por otros,
Y que el recordar del oído,
Colecciona sus cantares,
Antes que la brisa las dé
Al oleaje del viento?

Mi espíritu ansía lo que no puede
Imaginar ni inventar.
No enviaré mi alma
Mas que a la tierra incógnita,
En donde no morará el recuerdo.
No me tientes, te lo ruego,
Con la gloria. No busques para mí
Un consuelo en tus ensoñaciones o en las mías;
Pues todo lo que en mí existe
Y en la tierra, y todo lo que existía
En el Cosmos, no podrá tentar a mi espíritu.

¡Oh, espíritu mío! Tu faz está silenciosa
Y los nocturnos fantasmas
Duermen detrás de tus párpados;
Pero tu callar es horrible.
Asimismo tú lo eres.

EL TERCER DIOS

¡Oh, hermanos míos! ¡Oh, hermanos augustos y solemnes!
La doncella halló al cantante;
Y en este momento goza, observando la cara de su amado.
Ella camina como una tigresa,
Su majestuoso andar la lleva
Entre viñedos y acantilados.
El la observa a través de la canción de su amor.

¡Oh, hermanos míos! ¡Oh hermanos atolondrados!
¿Se encontrará en ese lugar otra sufriente divinidad,
Y que con su dolor ha tejido
Ese vestido púrpura y blanco?

¿Cuál estrella tan fugaz, es ésta
Que huyó enloquecidamente?
¿Quién puede separar el alba del crepúsculo
Aún secretamente?
¿Quién puede posar su mano
Sobre nuestro mundo?

EL PRIMER DIOS

¡Espíritu mío! ¡Espíritu mío!
¡Oh, esfera flamígera que me envuelve
Con su ardor!
¿De qué manera podré encaminar sus pasos
Y hacia qué Cosmos dirigir tus ansias?

¡Espíritu mío, que no hallas compañera!
En tu hambre, te cazas a tí mismo
Con lágrimas tuyas pretendes aplacar tu sed;
Pues la noche no guarda su rocío
En las copas tuyas,
Y el día no te ofrece sus frutas.

¡Espíritu mío! ¡Espíritu mío!
Tú que quieres llevar tu nave a puerto,
Henchida de ansias,
¿De dónde proceden los Vientos para hinchar
Tu velamen?
¿Qué abundante marea llegará a liberar
Tu proa?

Tu ancla lista se encuentra
Y prontas están tus alas
Para levantar vuelo;
Pero el cielo que está sobre tí
Está callado, y el calmo océano,
Se mofa de ti.
Entonces... ¿que esperanza podemos guardar
Los dos: tú y yo?

¿Qué fluctuaciones en los mundos,
Que cambios en los deseos,

Y designios y propósitos
De lo alto te habrán de exigir?
¿Traerá el vientre de la virgen infinita
La simiente de tu Redentor
Ese que es más fuerte aún que tus propios sueños
Y cuya mano será tu salvación
Del cautiverio y la esclavitud?

EL SEGUNDO DIOS

¡Acalla tus inoportunos aullidos
Y los susurros de tu apasionado corazón!
Pues el oído de lo infinito está sordo,
Y sin prestar atención la mirada del cielo.

Somos todo lo que hay atrás
Y sobre este mundo.
Entre nosotros y la infinita Eternidad
No existe nada.
Sólo existen las pasiones nuestras,
Que todavía no han terminado de formarse;
Y nuestros designios que no se han
Completado todavía.

Tú llamas a lo desconocido;
Pero lo desconocido envuelto en la niebla movediza.
Mora en lo más profundo de tu espíritu.
Si, en lo hondo de tu alma,
Reposa por siempre tu Salvador,
Y en su dormir, observa lo que no sabrán observar
Tus ojos abiertos.

Este es el misterio de nuestra vida.
¿Dejarás de recoger tu cosecha,
Para arrojar apuradamente las simientes
En los surcos de tu soñar?
¿Por qué disipas tus nubes
En los áridos campos,
Cuando el rebaño necesita de tu presencia?

Ve lentamente y observa este mundo:
Fíjate en los hijos del amor tuyo aún no destetados.
Tu hogar es la tierra y a la vez tu trono
Y encima de las más elevadas esperanzas
Del hombre, tu mano apresa su destino.
No es tu deseo el soltarlo;

El que pelea por llegar a tu lado
Con su dolor y con su felicidad,
En tanto que tu no desvías la mirada
De la necesidad que ves en sus ojos.

EL PRIMER DIOS

¿Abrazará el Alba a su pecho
El corazón de la noche?

¿Se sentirá preocupado el Océano por los
Cuerpos de los que han muerto en él?
Mi espíritu, como el Alba, se despierta
En mis honduras, serena y desnuda.
Y, al igual que el mar, que no reposa
De esa forma mi espíritu aleja de sí
Toda la hez del hombre
Y de la tierra.
No me encariñaré a todo lo que se encariña
A mí;
Pero yo quiero elevarme hasta llegar
A esa sublime Elevación, de cualquier
Manera que pueda.

EL TERCER DIOS

¡Oh Hermanos míos, ved!
Dos almas parten rumbo a las estrellas.
Se encontraron en el Cosmos para examinarse.
Se observan, calladamente, el uno al otro.

El cantante interrumpió su melopea
Pero su garganta calcinada por el sol,
Se emociona todavía por la canción.
Su compañera, la danzarina,
Detuvo el ritmo en su cuerpo,
Mas no ha sido presa del sueño.

¡Oh hermanos míos!
¡Oh hermanos extraños!
La noche se vuelve más y más oscura,
Y la luna más brillante.
Entre el océano y la selva,
Nos invoca el amor en voz alta,
A reunirnos en su alma.

EL SEGUNDO DIOS

¡Qué fútil es el Vivir!
¡Qué inútil es el despertar
Y el broncearse al rostro del sol!
¡Qué trivial es existir y ser el guardián
De las noches de los que están vivos,
De la misma manera que es el vigilante el Ojo de Orión!

¡Qué vano es enfrentarse
Con los vientos de los cuatro puntos del mundo,
Con la altiva frente ceñida de laureles!
¡Qué banal es curar la maldad De los hombres
Con hálitos, cuyo océano no tiene mareas!

El tejedor de oficio
Ante su telar está sentado,
Tejiendo sin cesar;
El alfarero hace girar su torno
Sin ganas ni preocupación,

Pero nosotros, que nunca dormimos
Y que ningún saber se nos escapa,
Nos hemos librado de la tenebrosidad
De la inseguridad y la duda.
Nosotros nunca dudamos,
Ni ahondamos en el observar
Y en el meditar,
Pues nos hemos alzado
Por encima de los cuestionamientos inquietos.

Vivamos alegres y en paz;
Saquemos de su jaula y libertemos a las aves
De nuestras reflexiones.
Vayamos hacia la mar,
Sin que nos rodeen
Peñascos y acantilados:

Y al llegar a las aguas
Y al confundirnos con el oleaje,
En el fondo del mar,
Cesaremos de meditar y de discutir,
En el destino del futuro,
Eternamente.

EL PRIMER DIOS

¡Ah! ¡De que manera nos causan un dolor inacabable,
Esas profecías que parecen no tener fin!
¡De qué forma aburre esa vigilia
Que encamina el día,
Hasta el atardecer,
Y la noche, encaminándose hacia el Alba!

¡Ah! de esta corriente que nos lleva
A la perenne memoria y al permanente olvido
¡Ah! de esta continua siembra
De las simientes del Destino,
Y de las que únicamente cosechamos
Esperanza.

¡Ah! de esta inmutable elevación del yo,
Desde la polvareda de la tierra
Hasta la niebla, para que, al ansiar
La tierra, vuelva a aposentarse en la tierra,
Y al crecer nuevamente su ansia,
Se eleve buscando la niebla.

¡Ah! de esa medida que jamás varía,
Fuera de la fluctuación de su propio tiempo.
¿Ansiará mi espíritu ser un océano
Cuyas mareas y marejadas se entrecruzan
Inacabables, o u Cosmos en el cual
Las brisas se transformen en tormentas?

Si yo fuese un hombre;
Si yo fuese un ciego aroma,
Hubiese logrado soportar todo esto;

O si fuese yo el Dios Altísimo,
Que llena el vacío del hombre
Y de los dioses
Me hubiera bastado con ser yo mismo.

Mas tú y yo no somos hombres
Ni tampoco somos el Altísimo Supremo que está
Por encima de nosotros.
Somos atardeceres que nunca cesan
De nacer y morir
De aparecer y desaparecer
De un horizonte a otro.

Somos dioses aferrados a los humanos,
Y éstos a nosotros.
Es nuestro destino a soplar en los cuernos;
Pero el alma que sopla, y la melodía
Arrancada de nuestros instrumentos,
No son nuestros;
Proviene del cielo.

Por ese motivo es que deseo la rebeldía,
Quiero sacar todo lo que en mí existe,
Hasta quedarme vacío.

Es mi deseo esconderme del recuerdo
De este silencioso joven,
Que nuestro hermano menor es,
Y que sentado está cerca nuestro,
Mirando hacia aquel valle.
A pesar de desplegar sus labios,
No pronuncia una sola palabra.

EL TERCER DIOS

Yo hablo, hermanos negligentes,
Y únicamente la verdad pronuncio;
Mas vosotros únicamente escucháis vuestras palabras.
Os ruego que veáis a vuestra gloria
Y a la mía en vez de plegar los párpados,
Y voltear los rostros del mío,
Apartando vuestro trono.

¡Oh, señores gobernantes
Que ansiáis posar los pies
Sobre el mundo superior,
Y el mundo inferior!

¡Oh dioses egoístas, cuyo pasado
Está constantemente envidiando vuestro futuro!
¡Oh dioses hastiados por vuestra carga agobiante;
Que saciáis la agresividad de vuestra furia
Con vocablos;
Que castigáis vuestros ojos con centellas!

Vuestra discusión no es otra cosa

Que la voz de un antiguo laúd,
Que los dedos del Todopoderoso
No saben tocar ya sino a medias.
Ese Todopoderoso que utiliza
A las Pléyades por címbalos,
Y a Orión por cítara

Que hasta en este momento,
En que gritáis y tartamudeáis,
Toca y tañe su címbalo y su cítara.
Os pido que oigáis sus cantares.
Ved: un hombre y una mujer:
Una llamarada sobre otra llamarada,
Y que se consumen en el éxtasis amoroso
Y apasionado.

Raíces que se amamantan del seno purpúreo
De la tierra;
Capullos llameantes sobre el pecho altísimo del cielo.
Nosotros somos ese seno purpúreo
Y el cielo inmortal.
Nuestro espíritu es el espíritu de la vida,
Es, vuestro espíritu y el mío;
Pero es que, por esta vez, pasa la noche
En una ardiente garganta,
Sobre el cuerpo de una doncella virginal,
Con un manto de agitado oleaje.

Vuestro poder no cambiará
Las cosas que nos han sido encomendadas.
Vuestros pesares y dolores
Son la encarnación de la avidez;
Pues todo será borrado algún día de la faz de la tierra
Dentro del apasionamiento del hombre
Y el sentimiento amoroso de la Virgen

EL SEGUNDO DIOS

¿Por qué ese enamoramiento entre el hombre
Y la mujer?
Ve de qué manera danza el viento del Norte,
Con sus ligeros pasos,
Y de qué forma el viento del Poniente sopla,
Entonando una canción.

Observa a nuestra santa causa
Sentada, ya, en su trono,
Con la languidez y entrega de un alma,
Que modula su canción a un cuerpo que danza.

EL PRIMER DIOS

No miraré yo el orgullo presuntuoso
De la tierra,
Ni tendré siquiera a sus hijos en cuenta,
En su sufrimiento, que ellos llaman amor.

¿Y qué otra cosa es el amor sino un escondido tambor,
Que dirige una enorme procesión de dulce inseguridad,
A una forma diferente de un lento sufrir?

No quiero yo observar esa fantasía.
¿Qué cosas se ven allí, sino a una mujer
Y un hombre, en la selva que ha brotado
Para cazarlos con sus artimañas,
A inculcarles la negación del yo,
Y el engendramiento de sus hijos
Para nuestro futuro,
Aún no engendrado?

EL TERCER DIOS

¡Ah! del sufrimiento que engendra la sabiduría;
Del espeso velo mediante el cual
Nuestros cuestionamientos e investigaciones,
Cubrieron el rostro de la Tierra;
Del llamado a la guerra que, en cada minuto,
Formulamos a la paciencia de los hombres.

Nosotros dejamos bajo cada roca
Una figura de cera;
Después decimos que es una forma de barro
¡Que en barro acabe!

Con nuestras manos tomamos la blanca llama
Y luego decimos a nuestros espíritus:
Es el aroma de nuestro yo, que retorna
Al lado nuestro;
Y un soplo de nuestros soplos que huyó de nosotros
Y que luego tratamos de hallar en nuestras manos
Y en nuestra boca más aromas.

¡Hermanos míos! ¡Dioses de la tierra!
Aunque estuviéramos en lo más elevado
Del acantilado,
Continuaremos yendo
En dirección a la tierra, por intermedio de los hombres,
Que anhelan las doradas horas
Que se encuentran en el destino de su hermano
El ser humano.

¿Será despojada por nuestra sabiduría la hermosura
De su mirada?
¿Disminuirán nuestros límites su pasión al acallamiento?
¿Las alzarán hasta nuestro propio apasionamiento?
¿Que podrán hacer los ejércitos de vuestras reflexiones
Frente a los poderosos ejércitos del Sentimiento?

Pero aquellos que fueron
Por el amor vencidos,
Y sobre sus cuerpos muertos desfilaron sus carros y naves,
Desde las naves hasta el acantilado,
Y desde el acantilado hasta los mares

Se detienen ahora, y en cualquier momento,
Abrazándose entre sí, con respeto y con sonrojo.

Al reunir los pétalos de los capullos
De su amor,
Huelen el santo aroma de la vida,
En la unión de sus espíritus,
Encuentran a la vida misma,
Retratándose sobre sus ojos
Un rezo que hasta nosotros se eleva.

El sentimiento es una tiniebla que se inclina
Con respeto dentro de una santa
Tienda.
Es un cielo que se transformó en selva.
Es todas las estrellas transformadas
En luciérnagas.

Lo cierto es que somos todo lo que se encuentra atrás
Y sobre este planeta;
Pero el sentimiento se encuentra muy lejos
De poder ser alcanzado por nuestros
Cuestionamientos;
Y demasiado sublime como para llegar hasta él,
Con nuestro cantar.

EL SEGUNDO DIOS

¿Es acaso tu búsqueda un mundo lejano
Y procuras dejar de pensar en las estrellas
En las que has sembrado tu vigor y tu fuerza?
En el cosmos no existe sitio donde no contraigan nupcias
El espíritu con el espíritu
Y en donde la Belleza fuera sacerdote y testigo.

Observa y verás cómo la Belleza está difundida
Ante nuestras plantas;
Mira bien cómo desborda la Belleza
Nuestras manos
Para esconder nuestra boca con humillación.

Lo más distante y lo más cercano,
Y en cualquier parte donde la Belleza se encuentre,
En ese lugar se encontrará todo lo demás

¡Oh, soñador y sublime hermano mío!
Regresa a nosotros
Y abandona esa etapa de oscura melancolía.

Aleja tus huellas del "no-lugar"
Y del "no-tiempo",
Y ven a vivir entre nosotros,
En esta confiada paz,
Que tus manos a la par de las nuestras
Han construido piedra sobre piedra.

Libérate de los velos
De las palpitaciones de tu corazón.
Conviértete en nuestro compañero
En el Gobierno de este país cálido y joven
Por su verdor majestuoso.

EL PRIMER DIOS

¡Altar eterno!
¿Es cierto que necesitas un dios
Para sacrificar esta noche,
En holocausto tuyo?
Pues aquí estoy: a ofrendarte voy
Mi Amor y mi Sufrimiento.
Allá estará en pie la danzarina
Que fue esculpida en nuestra más antigua
Ansia.

El cantante modulará mis melopeas
En el oleaje marino.
En esa danza y en ese cantar
Fallecerá un dios omnipotente
Muy dentro de mí.
El dios de mi alma
Que mora tras mi pecho
Busca al dios de mi alma
Que tiene su morada en el Viento.

Y el humano abismo
Que tantas otras veces ha invadido mi paz
Requiere a gritos, al dios
La Belleza que hemos ansiado,
Desde el comienzo,
Asimismo lo llama.
Y en el momento que lo escuchaba, también medía ese llamamiento.
Y en este momento rindo mis armas.

La belleza es un Camino que lleva
Al yo sacrificado por su propia mano,
Y ahora tañe sus cuerdas;
Listo me encuentro a transitar
Ese camino,
Que se aleja hasta una nueva
Aurora.

EL TERCER DIOS

¡Ha vencido el Amor!
Ya fuere, el Amor, blanca pureza,
O verdor esmeralda, a la vera de un claro lago:
Ya fuere la majestad o la estilizada elegancia,
En las altas torres;
O si se hallara en un paraíso frecuentado
Por la gente,

O en un desierto virgen de huella humana,

El amor es nuestra Divinidad,
Y nuestro Maestro
En todos los instantes.

El amor es como una voluptuosa degustación
Y transitorio deleite del cuerpo;
No es las migajas del deseo, caídas
Por la lucha entre el deseo y el yo.
No, y tampoco es el cuerpo en armas
Contra el Alma;
Pues el amor no entiende de rebeldía;
Pero sin embargo deja el sendero de los destinos antiguos,
Para caminar en dirección del bosque santo,
Y allí cantar y danzar
Las melopeas de sus Arcanos
En el oído del Infinito.

El Amor es como una Juventud
Que ha cortado sus cadenas,
En gallarda virilidad,
Que se ha liberado del cansancio
Y dolor de la tierra;
Una femineidad apasionada,
Abasada por la santa llama,
Iluminada por la luz de un. Cielo
Que es más claro
Que el nuestro.

El Amor es como una risa lejana y distante
En las honduras de nuestra alma;
El Amor es como una irresistible compulsión
Que te conduce hasta el propio despertar.
El Amor es como una nueva Aurora sobre la Tierra:
Es un Día que no llegan a distinguir
Ni mis o os ni tus ojos;
Pero ha legado a los más santos
Templos de ese Día,
Por intermedio de su enorme alma.

¡Hermanos, hermanos míos!
La doncella llega desde el espíritu
De la Aurora, para encontrarse
Con su amado, que desde el Poniente llega.
Habrá boda en todo el valle
Y un día más grandioso
Que toda su historia.

EL SEGUNDO DIOS

Fue así desde la primera mañana,
He dejado en libertad a la tierra llana
Para que fuera a las montañas y valles
Y de esa manera será hasta la marea de la tarde postrera,
El postrer crepúsculo.

Nuestras raíces hicieron reverdecer

Las ramas que en el valle danzan;
Somos los capullos y los perfumes del cantar
Que desborda lo alto.

Lo perenne y lo perecedero
Son dos ríos paralelos que buscan
Continuamente la mar.

En medio de una búsqueda y otra búsqueda
No existe el vacío, sino en el oído.
La Temporalidad educa nuestros oídos
Para mayor seguridad,
Añadiendo aún más a sus ansias.

La voz no se calla en la garganta muerta
Que no duda;
Pero nosotros nos hemos alzado
Por encima de la duda.

El hombre es el hijo más pequeño
De nuestra alma.
El ser humano es una deidad
Que se eleva gravemente
A su propia divinidad.
Entre su sufrimiento y su felicidad
Reposamos, soñando
Nuestras ensoñaciones.

EL PRIMER DIOS

Permite que el cantante module,
Y que la bailarina dance,
Permíteme estar un momento en paz.
Mi espíritu quiere reposar esta noche;
Puede ser que el sueño sea más fuerte que yo.
En mis ensoñaciones construyo un mundo
Mucho más luminoso que éste:
Seres más hermosos que los
Nuestros llegan veladamente
A ocupar mis reflexiones.

EL TERCER DIOS

En este momento me elevo, y me libero
De las fronteras del tiempo y el espacio.
Danzaré en aquella huerta que no ha sido hollada
Por pie de hombre alguno.

Con los míos, se moverán los pies de la danzarina.
Haré música en el centro de ese elevado mundo.
Quizá alguna humana voz se acoplará a mi voz.
Rebasaremos al horizonte distante,
Quizá nos despertaríamos en la aurora
De un mundo lejano.

Mas el Amor perdura, y nunca se olvidarán

Las marcas de sus dedos.
El santo fuego arde,
Y cada chispa que vuela
Es un sol apagado.

Más nos conviniera,
Más aconsejable sería
Para nuestro gobierno
Encontrar un minúsculo escondrijo
En donde poder dormir nuestra
Terráquea divinidad,
Postergando los inconvenientes del Reinado nuestro
Para el día siguiente,
En aras de ese Amor de la endeble humanidad.